

« Mas largo tiempo ese broquel infame,
Y una peña cogiendo,
Que al escudo sujeta, lo sepulta
En la sima, diciendo :
« Contigo quede mi ignominia oculta. »

Hondo es el pozo y lleno hasta la boca;
Pesado es el broquel, gruesa la peña,
Que, hendiendo el agua leve,
No se defiende hasta que al fondo toca.
Tan noble accion con su clarin sonoro
Locuaz la fama divulgara en breve
En torno á Francia y por el suelo moro.

Conocida que fué, muchos guerreros
Este escudo á buscar se dedicaron,
Y ansiosos registraron
Sus reinos y los reinos extranjeros.
Nadie empero encontrándolo, indeciso
Este punto quedó; pues la doncella
Que al mundo habló de esta aventura bella
Jamás decir do consumóse quiso.

No bien se aleja el héroe del castillo
Con el escudo, cuyo extraño brillo
Ofuscó á sus rivales,
Estupefactos estos se levantan;
Mas, con incierto paso
Unos hácia otros, mustios, se adelantan,
Y de su triste caso,
Cada vez que se juntan,
Doloridos la causa se preguntan.
Hablando de esto estan, cuando la nueva
Llega de que ha espirado Pinabelo,
Bien que de aquel que le dió muerte encubre
El claro nombre misterioso velo.

Al conde inicuo Bradamante osada
Encontrando en camino hondo y estrecho,
Le atacó y con su espada
Una y cien veces traspasóle el pecho.
Por el suelo dejándolo sin vida,

Y en el bridon que él le robó montando,
Aléjase en seguida
Del bosque que testigo
Fué de tan justo y ejemplar castigo.

En vano luego, inquieta, hácia la torre
Donde á Roger dejó, parte afligida.
Por los bosques perdida,
Todo el pais sin direccion recorre
La virgen valerosa, á quien persigue
Suerte fatal que de Roger la aleja.
Mas, por temor de que al lector fatigue,
Suspensa aqui la narracion se deja.

CANTO XXIII.

Astolfo entrega á Bradamante el Rabicano y la lanza de oro.
— Llegada de la hija de Amon al palacio de Montalban. —
Rodomonte quita á Hípalca el caballo que le confió Bradamante. —
Orlando liberta á Zerbino del suplicio á que lo conducian. — Batalla entre Orlando y Mandricardo. —
Locuras del conde de Anger á la noticia de los amores de Angélica con Medoro.

A su prójimo amparo
Dé cada cual; pues raro
Es que sin premio un beneficio quede.
Si alguna vez sucede
Que en bien no torne, es claro
Que en mal al ménos redundar no puede;
Mientras que el daño que á los otros se haga,
Mas temprano ó mas tarde al fin se paga;
Pues los hombres no son, dice el refran,
Cual los montes que immobiles estan.
De triste ejemplo sirva el Maguntino,
Que de sus culpas todas finalmente
A recibir el merecido vino;
Pues el Señor, que rara vez consiente
Ver padecer al justo injustamente,

A la virgen salvó, y á todo honesto
Corazon á salvar está dispuesto.

El conde, que creia
Haber ya dado muerte á la doncella,
Léjos estaba de pensar que de ella
A manos moriria
En el palacio que nacer le vido,
Por gigantes montañas protegido.
Cabe este alcázar, sin cesar guardado
De armada gente por escolta inmensa,
Do, huyendo del señor de Claromonte,
El conde Anselmo hallábase encerrado,
Al pié de inculdo monte,
Vino, sin mas defensa
Que la estéril de lágrimas y gritos,
A expiar Pinabelo sus delitos.

Dado que le hubo muerte, la doncella
En busca va del héroe á quien adora;
Mas su fatal estrella
Por la espesa enramada la extravia
En el momento en que iba hácia el Ocaso
Dirigiéndose el sol con presto paso.

Do acogerse la virgen ignorando,
Allí, tendida sobre el fresco suelo,
De la noche una parte
Durmiendo pasa, y otra contemplando
A Júpiter, á Marte
Y á los demas planetas que del cielo
En torno van sin descansar girando.
Dormida empero ó no, siempre en su mente
La cara imágen de Roger presente,
Hondos suspiros del llagado pecho
Le hace exhalar. ¡Oh cuánto, oh Dios, le pesa
Que, mas fuerte su amor que su despecho,
Llamándole á otra empresa,
Le haya en las selvas hecho
Dejar á aquel á quien de amar no cesa,
Sin siquiera la via

Mirar por do hasta allí venido habia!

Así consigo misma
Entre llanto y sollozos platicando,
En sus pesares mas y mas se abisma.
Largas, mortales horas esperando,
Lucir en fin por el Oriente vido
Del nuevo sol el rayo apetecido.
Tomando su bridon, que allí pacia,
Su marcha emprende entónces, y no tarda
En llegar al paraje do no ha mucho
Que el encantado alcázar existia.

A Astolfo allí se encuentra, que, montado
En Hipogrifo, pensativo estaba
Mirando si alguién por allí pasaba
De quien fuese la mano
Digna de gobernar al Rabicano.
Felizmente lo halló; pues, de su frente
El yelmo levantando en este instante,
Permitió á Bradamante
Reconocer la faz de su pariente.
Cortes ella saludale, y derecha
Corriendo hácia él, entre sus brazos se echa,
Y la visera alzándose en seguida,
Muestra á Astolfo su faz bien conocida.

Dar no podia el príncipe britano
Con persona ninguna
Que mejor le guardase á Rabicano.
Túvolo pues por singular fortuna,
Y doble por tal causa en este instante
Fué su júbilo al ver á Bradamante.

Luego que con ternura
Dos y tres y mas veces se abrazaron,
Y que se preguntaron
Del tiempo de su ausencia la aventura,
Astolfo dijo: « Si emprender intento
« Por la region del viento
« Mi carrera, ¿á qué espero? » y, revelando
A la dama su oculto pensamiento,

Parte, los aires rápido surcando.
 No asombra á la doncella este portento,
 Que ya dos veces presenciara : una
 Cuando á embestirla vino el mago astuto ;
 Otra cuando, turbada
 Del buen Roger por la fatal fortuna,
 Su camino emprender sobre aquel bruto
 Hacia el cielo lo vió desconsolada.
 Al comenzar su viaje, el duque Astolfo
 A la doncella quiso
 Confiar el famoso Rabicano ;
 Y á Hipogrifo juzgando que es preciso
 Alijer de todo peso vano,
 La armadura, que ya no necesita,
 De los hombros se quita
 Y á la virgen la entrega con encargo
 De que en llevarla á Montalban no tarde,
 Y que allí hasta su vuelta se la guarde.
 Con su espada y su trompa (sin embargo
 De que esta sola libertarle pueda
 En cualquier trance amargo)
 El paladin se queda,
 Y á la virgen tambien entrega el asta
 Cuyo poder ningun poder contrasta.
 Saltando luego en el corcel volante
 Parte, al principio con pausado giro,
 Mas luego su carrera
 De tal moda acelera,
 Que de vista se pierde en un instante.
 Así, guiada por piloto experto,
 Los escollos evita cauta nave,
 Y, del difícil puerto
 No bien saliendo á la alta mar, se aleja
 Y atras las olas y los vientos deja.
 Partido Astolfo, en un conflicto grave
 La doncella se ve; cómo no sabe
 A Montalban mandar del caro primo
 Las armas y el caballo. En su ansia inmensa

De ver á su Roger, no halla reposo ;
 Y, ántes que á Montalban, á Vallumbroso
 Inquieta y triste en dirigirse piensa.
 En esta indecision, hácia ella nota
 Que se acerca un villano,
 Con cuyo auxilio del inglés la cota
 Coloca en el arzon de Rabicano,
 Y al cual manda que monte
 En el corcel que fué de Pinabelo,
 Y que con ella á cammar se apronte,
 Conduciendo al del principe de mano.
 Por encontrar á aquel á quien adora,
 A Vallumbroso dirigir desea
 Sus pasos Bradamante ; mas cual sea
 El camino mas fácil ella ignora.
 Poco práctico el rústico, tampoco
 Lo conoce, y, vagando á la ventura,
 Con la doncella toma
 Aquel que el mas directo se figura.
 Indecisa la virgen, y no hallando
 Una sola persona
 Que darle indicios pueda, hácia las nueve
 De aquel dia las selvas abandona,
 Y un alcázar en breve
 Ve que de un cerro el vértice corona,
 Viéndolo, se imagina
 Mirar á Montalban, y lo adivina.
 Al contemplar el sitio do dejara
 A sus hermanos y á su madre cara,
 Se turba Bradamante y se entristece,
 Pues, si allí permanece
 Teme ser descubierta, y que se frustre
 Su viaje en busca del amante ilustre,
 De cuyo amor intenso
 Se abrasa su alma en el volcan inmenso.
 Pensativa gran rato, se resuelve
 A alejarse por fin de Montalban.
 Con el villano vuelve

La rienda pues, mirando á la abadía,
 Y por la misma via
 Por do vinieron á tornarse van,
 Cuando su buena ó su fatal estrella
 A tropezar con ella
 Allí conduce inopinadamente
 Al buen Alardo, que de noche y dia
 Solícito recorre la comarca,
 Medios buscando de alojar la gente
 Que, en pro y á instancias del francés monarca,
 De luengas tierras á lidiar venia.

Con mil demostraciones cariñosas
 El hermano y la hermana se abrazaron,
 Y, de casos y cosas
 Gratas hablando, á Montalban llegaron,
 Do á Beatriz hállaron,
 Que, afligida de su hija por la suerte,
 Haciéndola buscar por toda Francia,
 Amargo llanto sin descanso vierte.
 De su madre mil ósculos recibe
 La virgen adorada;
 Sus hermanos le dan miles de abrazos,
 Que poco son ó nada
 Si los de aquel recuerda por quien vive
 Aprisionada en amorosos lazos.

Partir pues no pudiendo, en el instante
 Un mensajero á Vallumbroso expide,
 Refiriendo á su amante
 La causa que volar hácia él le impide,
 Y encargándole (inútil diligencia)
 Que, por su amor, al punto se bautice,
 A fin de que, en volviendo á su presencia,
 El suspirado enlace se realice.
 Por la misma ocasion mandarle piensa
 El corcel que él dejó cuando el camino
 Por el aire emprendiera; esto es, Frontino,
 Corcel noble y gallardo,
 Que ni en Francia ni en África igual tuvo

Fuera de Bridadoro y de Bayardo.

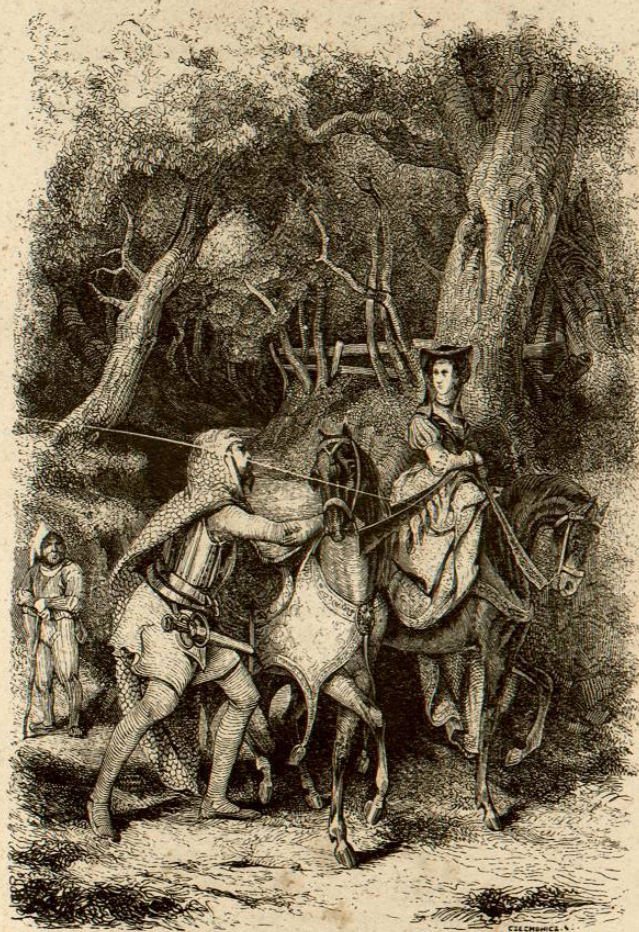
A Montalban la virgen despachólo,
 Donde, bien mantenido
 Y montado tan solo
 Alguna que otra vez, gordo, lucido
 Estaba y lleno de vigor. Juntando
 Del palacio á las damas en seguida,
 Nueva gualdrapa y brida
 De seda y oro espléndida recama.
 Aparte luego á una doncella llama
 Hija de Califresia, su nodriza,
 A la cual sus secretos patentiza.

De su amado Roger, con ansia nueva,
 Le pinta las virtudes, los modales;
 Por su beldad lo eleva
 A la par de los dioses inmortales,
 Y añade: « Mensajero
 « Mas que tú fiel ó cuerdo yo querria
 « En vano designar, oh Hipalca mia. »
 En seguida, enseñándole el sendero
 Que tomar debe, instrúyele de cuanto
 Hacer debe ó decir, y en fin le ruega
 Manifieste á Roger que si no llega
 A dar fin ella misma á su quebranto,
 Culpa es tan solo de la suerte ingrata
 Que sus proyectos todos desbarata.

Monta Hipalca; la virgen en su mano
 La rica brida del corcel le pone,
 Y « si algun loco, dicele, ó villano
 « Hallas que á molestarte se dispone,
 « Para volverle á la razon, del dueño
 « De tu corcel dirásle solo el nombre,
 « Pues, oyéndolo, dudo que haya un hombre
 « Que no renuncie á su arriesgado empeño. »
 Otras mil cosas luego le encomienda
 De que intérprete ser Hipalca debe.
 Enterada ella, en breve
 Al fogoso corcel suelta la rienda.

Por calzadas y campos su carrera
 Siguió mas de diez millas, no encontrando
 Quien á Frontino el paso detuviera.
 Al mediodia, empero,
 Descendiendo de un monte
 Por desusado y áspero sendero,
 Topa con Rodomonte,
 Que á pié viene y armado,
 De un raquíto enano acompañado.
 La altiva frente levantando el moro,
 Blasfema al ver en manos de una dama
 El bruto hermoso cuyo arzon recama
 Esplendente matiz de seda y oro.

Por voto solemnísimo obligado
 A emprender la conquista
 Del primero que ofrézcase á su vista,
 De quitar su caballo á la doncella
 Corrido, cuanto ansioso, Rodomonte,
 « ¡ Qué lástima, » se dice, « que, en vez de ella,
 « Su propio dueño ese corcel no monte! »
 — « ¡ Ah! » le responde Hipalca, « si así fuera
 « Pronto él cambiar de parecer te hiciera.
 « Algo mas que tú vale;
 « Pues en fuerza y valor no hay quien le iguale.
 — « ¿ Quién es, » replica el moro,
 « El que así vierte en los demas desdero?
 — « Roger, » dice la dama.
 — « Pues así siendo, » el musulman exclama,
 « Sin reparo ninguno me apodero
 « Del bridon de ese bravo caballero.
 « Si, cual creer hacérmelo tú quieres,
 « En esfuerzo me gana, su caballo
 « Yo volveréle, y él podrá tasallo,
 « Y, si gusta, tasar los alquileres.
 « Dirásle pues que Rodomonte soy,
 « Y que si quiere combatir conmigo,
 « Hallará fácilmente á su enemigo;
 « Pues do quiera que estoy



Hipalca detenida por Rodomonte. (T. I, p. 430.)

« Terribles muestras de mi paso doy. »

Dice ; las riendas al corcel sujeta
Y salta en él. Inquieta
Y llorosa la dama , lo maldice ,
Siguiéndole de léjos por la via
Por do sus pasos el enano guia
En busca del raptor de Doralice.

Ya narraré lo que despues avino.
Agora con Turpin torno al paraje
Donde quedó sin vida el Magantino.
Apártase la virgen , y su viaje
Por la selva emprendido apena habia,
Cuando llegó Zerbino
De la vieja falaz en compañía.

Al contemplar tendido por el suelo
Al ya desconocido Pinabelo,
Que un mar de sangre por cien brechas vierte,
De su misera suerte
Se apiada el escoces ; y, suplicando
A la vieja que alli su vuelta aguarde,
En busca de venganza
Por la huella que ve mas fresca avanza.

A Pinabelo acércase Gabrina
Y atenta lo examina,
Por ver si hay algo que robar en torno
O encima dél, pues juzga que es locura
Dar con un vano adorno
A un misero cadáver sepultura.
Si de esconder el fruto de su robo
Viera la infame arbitrio ó esperanza,
Sus ricas armas , su vestido bello
Ella quitara al muerto sin tardanza.
Por mas , pues , que le enoje
Dejar el resto , aquello
Que es fácil de guardar tan solo coge ,
Y, entre otras muchas cosas , se apodera
Del rico cinto que llevaba el conde,
Y de su talle en derredor lo esconde.

Llega á poco Zerbino ,
 Despues de haber de la doncella el paso
 Perdido en un recodo del camino.
 Súmese en esto el sol en el Ocaso ,
 Y el escoces , á quien el miedo aqueja
 De tener que dormir en aquel sitio ,
 Torna á emprender su marcha con la vieja.
 A dos millas de allí la torre hallaron
 Llamada de Altarriva ,
 Donde á pasar la noche se pararon
 Que entrando ya con prestos pasos iba.
 A poco un grito universal escuchan ,
 Y el triste llanto advierten
 Que miles de ojos de consuno vierten.

Su causa al punto el escoces indaga ,
 Y oye que dicen que la nueva aciaga
 Acaba de llegar al conde Anselmo
 De que del bosque en desusada via
 Su Pinabelo exánime yacia.
 Por no excitar sospechas , bien que cierto
 Esté de que el que causa estos enojos
 Es el mismo á quien muerto
 Se encontró por la selva , nada dice
 Zerbino , ni del suelo alza los ojos.

Entre cirios y hachones refulgentes
 Llega despues el fúnebre ataud ,
 Cuya vista redobla de las gentes
 Del alcázar el llanto y la inquietud.
 Ningun dolor , ninguno empero iguala
 Al que al paterno corazon exhala.

Miéntas allí de exequias y de honores
 Vano homenaje el que espiró recibe
 Con la pompa solemne
 Que el uso antiguo del pais prescribe ,
 Los públicos clamores
 A interrumpir por fin un bando viene
 De Anselmo , quien se obliga
 A dar premio y merced á aquel que el nombre

Del matador de Pinabelo diga.

De boca en boca cunde esta noticia ,
 Que llega en breve hasta la infame vieja.
 Esta , fuese despecho ,
 Fuese inhumanidad , fuese avaricia ,
 A perder á Zerbino se apareja.
 Del padre inconsolable
 En busca vase pues ; y , una patraña
 Verosímil forjando cuanto extraña ,
 A Zerbino delata cual culpable.
 Por probar lo que dice ,
 Sacando el cinto que á su lado lleva ,
 Da al anciano infelice
 De su infortunio irrecusable prueba.

En medio de su horrible desconsuelo ,
 Le anima la esperanza
 De no dejar al hijo sin venganza.
 Por tal merced las gracias dando al cielo ,
 Cercar hace el palacio sin tardanza.
 Sorprendido en el sueño el buen Zerbino ,
 Que , inocente , tal riesgo no sospecha ,
 Del férreo cepo vino
 A despertarse en la prision estrecha.

Del sol siguiente el rayo matutino
 Brillaba apena , y decretado estaba
 Ya el infame suplicio que aguardaba
 Al escoces , en el paraje mismo
 Do bajara al abismo
 Aquel de cuya muerte se le acusa.
 De Anselmo allí no se usa
 Oponerse al querer ; asi es que apénas
 Sus ráfagas serenas
 Mostró la aurora , cuando :
 « Muera , muera , » frenética gritando
 La multitud ansiosa de venganza ,
 Del palacio se lanza ;
 Y , cual á pié , cual á caballo , corre
 En confuso tropel hácia el guerrero ,

Que, triste, en un rocín va caballero:
 Mas Dios, que siempre ampara
 Al que hasta el fin en su bondad confía,
 A Zerbino este día
 Irresistible proteccion depara.
 Por allí, con efecto, en este instante
 Pasando acaso el paladin de Anglante,
 Ve en rededor la gente
 Que á muerte lleva al escocés doliente.

Con Orlando venia
 La bella jóven que, con riesgo grave,
 Despues de ver su nave
 Sobre las olas zozobrar, gemia
 Entre ladrones en oscura gruta
 Bajo el poder de una Meguera astuta.

Hija del rey gallego,
 Isabel se llamaba la doncella,
 Que por Zerbino en amoroso fuego
 Arde tiempo ha. De tanta gente junta
 Ella la causa al paladin pregunta:
 « Lo ignoro, » él le responde;
 Y, en el monte dejándola, hácia el llano
 Corre; á Zerbino ve; por su semblante
 Reconoce su audacia en el instante;
 Y, en seguida acercándose, el deseo
 De conocer la triste causa de esta
 Bárbara accion inquieto manifiesta.
 La faz doliente levantando el reo,
 Refiere su aventura
 Al de Anglante, que en breve
 Inocente juzgándole, asegura
 Que perecer el escocés no debe.

Confirmase en su juicio
 Cuando oye que el autor de aquel suplicio
 Es el pérfido conde de Altarriva,
 Entre el cual y el señor de Claromonte
 Existe odio profundo.
 Que sangre y daños esparció en el mundo.

« Soltad, canalla, á ese guerrero, » grita
 Orlando, « ó todos recibis la muerte. — »
 — « ¿ Quién es, » replica de ellos el mas fuerte,
 « El que á todos así provoca altivo?
 « Si de paja ó de cera
 « Fuéramos y él de fuego, no concibo
 « Que ser mayor pudiera su arrogancia. »
 Dice, y embiste al paladin de Francia.

Preséntase en la lid el maguntino
 Con el yelmo y la cota de Zerbino;
 Aquesta, bien que sólida, no pudo
 De Orlando resistir al golpe crudo;
 Ni el yelmo, bien que fino,
 Pudo el golpe parar que, en la mejilla
 Al malandrin hiriendo, de la silla
 Lo sacó desnucado. El pecho horada
 Roldan á otro despues; y, embarazada
 Al ver su lanza, arrojála, y aprisa,
 Desnudando su espada,
 A do mayor la multitud divisa
 Corre: al uno de un tajo
 La cabeza divide, ó echa abajo;
 A cual hiere de punta; en un momento
 Huyen, en fin, ó mueren mas de ciento.
 Siguiéndolos, los hiere y desbarata,
 Hiende, saja, derriba, corta y mata.
 En su inmensa congoja,
 Sus armas cada cual al suelo arroja;
 Cada cual huye por distinto giro,
 Que en las cavernas ó en la selva umbria
 Hallar espera un cómodo retiro.
 La piedad olvidando
 El de Anglante aquel día,
 Camina á cuantos ve sacrificando.
 De ciento veinte, en fin, que Turpin cuenta,
 Quitó Orlando la vida á mas de ochenta.
 Cansado de matar, hácia Zerbino
 Avanza; y de manera